

— Eso es lo que piensan todos los presentes, dijo Baruch.

— Bueno, pues calmaos, amigos míos, contestó Max. Hombre prevenido vale por dos. Ahora me dirijo á los caballeros de la Ociosidad. Si, para echar fuera á esos parisienses, necesito de la orden; ¿me ayudaréis?... Sólo en el límite que nos hemos impuesto para nuestras hazañas, añadió vivamente notando un movimiento general. ¿Creéis que quiera matarlos, envenenarlos?... Gracias á Dios, no soy un imbécil. Y además, aunque logran éxito los Bridau, aunque sólo le quedase á Flora lo que tiene, no pediría yo más; pues la quiero lo bastante para preferirla á la señora Fichet, dado que ésta se enamorara de mí.

— La señora Fichet era la más rica heredera de Issoudun, y la mano de la joven entraba por mucho en la pasión del hijo de Goddet por la madre. Tal es el poder de la franqueza, que los doce caballeros se levantaron como un solo hombre:

— ¡Eres un simpático muchacho, Max!

— Eso es hablar, Max, te ayudaremos en tu obra libertadora.

— ¡Fuera los Bridau!

— Después de todo, Lousteau quiso á la señora de Rouget; bien puede uno querer á una ama de llaves libre y sin trabas.

— Y si el difunto Rouget es algo padre de Max, pues todo queda en familia.

— Las opiniones son libres.

— ¡Viva Max!

— ¡Abajo los hipócritas!

— ¡Bebamos á la salud de la hermosa Flora!

Tales fueron las contestaciones y aclamaciones que lanzaron los caballeros de la Ociosidad, autorizados por su moral especial, que no era nada severa. Bien claramente se ve el interés que

guiaba á Max al hacerse gran maestre de la orden de la Ociosidad. Al inventar fechorías, al hacerles favores á los jóvenes de las familias principales, quería Max convertirlos en apoyos para el día de su rehabilitación. Se levantó con gracioso ademán, alzó su vaso lleno de vino de Burdeos, y dijo:

« Todo el daño que os deseo es que cada uno de vosotros tenga una mujer que valga lo que la hermosa Flora. En cuanto á la invasión de los parientes, ningún temor abrigo por ahora; en cuanto al porvenir, ya veremos.

— ¡No olvidemos la carreta de Fario!...

— Está en sitio seguro, dijo el hijo de Goddet.

— Tomo á mi cargo la conclusión de esa broma, exclamó Max. Estad temprano en el mercado, y venid á avisarme cuando busque el hombre su carreta. »

Dieron las tres y media de la madrugada; salieron los caballeros para ir cada cual á su casa, rasando las paredes, sin ruido, con sus babuchas de orillo. Volvió Max lentamente á la plaza san Juan, situada en la parte alta de la ciudad, entre la puerta San Juan y la puerta Vilatte, barrio de los burgueses ricos. El comandante Gilet había disimulado sus temores, pero aquella noticia le preocupaba mucho. Desde su estancia en los pontones, habíase vuelto tan disimulado como corrompido. Por de pronto, la verdadera pasión de Gilet por Flora Brazier consistía en los cuarenta mil francos de renta en bienes raíces que poseía el tío Rouget. Por su manera de conducirse, fácil era notar qué seguridad había sabido inspirarle la enturbadora sobre el porvenir financiero que debía ella al cariño del solterón. Sin embargo, la llegada de los herederos legítimos era capaz de poner dudas en Max acerca de la omnipotencia de Flora. Las economías efectuadas desde hacía

diecisiete años, aún estaban colocadas á nombre de Rouget. De modo que si se anulaba el testamento que, según Flora, tanto tiempo hacía que estaba hecho á favor suyo, podían siquiera salvarse dichas economías poniéndolas á nombre de la señora Brazier.

«¡Esa imbécil criatura nada me ha dicho, en siete años, de los sobrinos y de la hermana! exclamó Max desemrocando en la calle del Porvenir. Setecientos cincuenta mil francos colocados en casa de varios notarios, en Bourges, en Vierzon, en Châteauroux, no pueden realizarse ni ser colocados sobre el Estado en una semana, y sin que se sepa en este país de comadres. Ante todo, menester es quitarse de encima la parentela; pero una vez que nos hayamos visto libres de ella habrá que realizar esa fortuna. En fin, lo pensaré....»

Max estaba cansado. Con ayuda de una llave especial se entró en casa de Rouget y se acostó sin hacer ruido, diciéndose: «Mañana estarán más claras mis ideas.»

No es inútil decir de dónde le venía á la sultana de la plaza san Juan aquel apodo de Enturbiadora, y cómo se había hecho dueña y señora en casa de Rouget. En el umbral de la vejez, el viejo médico, padre de Juan Jacobo y de la S^{ra} de Bridau, se dió cuenta de la nulidad de su hijo, por lo que le tuvo muy sujeto para que cierta rutina lo mantuviese en el camino seguro; pero, sin darse cuenta, también lo preparaba á aguantar el yugo de la primera tiranía que pudiese hacerse dueño de él. Un día, al regresar de sus visitas, aquel astuto y vicioso anciano vió una preciosa muchacha á orilla de un prado, en el camino de Tivoli. Al oír el ruido del caballo, salió la niña de uno de los arroyos que, vistos desde lo alto de Issoudun, se parecen á cintas de plata en medio de un vestido verde.

Semejante á una náyade, la pequeña mostró al doctor una de las más hermosas cabezas de Virgen que jamás pudiera soñar un pintor. El viejo Rouget, que conocía todo el país, ignoraba aquel milagro de belleza. La muchacha, casi desnuda, llevaba una mala falda corta, hecha jirones; una hoja de papel sujeta con una mimbre le servía de sombrero. Debajo de aquel papel lleno de palotes y de letras, estaba retorcida y sujeta, con un peine de peinar colas de caballos, la más hermosa cabellera rubia que pudiera desear una hija de Eva. Su lindo pecho curtido, su cuello apenas cubierto por un pañuelo hecho trizas, enseñaba sitios blancos debajo del paño producido por el sol. La falda, pasada entre las piernas, levantada hasta medio cuerpo y sujeta con un enorme alfiler, parecía un taparrabos. Los pies, las piernas, que el agua clara permitía ver, tenían una delicadeza digna de la Edad Media. Aquel lindo cuerpo expuesto al sol tenía un tono rojizo que no carecía de encanto. El cuello y el pecho merecían envolverse en seda. En fin, aquella ninfa tenía ojos azules con lindas pestañas, cuya mirada hubiese hecho arrodillarse á un pintor ó á un poeta. El médico, lo bastante conocedor para adivinar un talle delicioso, comprendió todo lo que perderían las artes si se destruyera aquel lindo modelo con las faenas del campo.

—¿De dónde eres, pequeña? Nunca te he visto, dijo el médico, que entonces tenía setenta años.

Esta escena ocurría en septiembre de 1799.

— Soy de Vatán.

Al oír la voz de un burgués, un hombre mal encarado, que á unos doscientos pasos se hallaba, en el curso superior del arroyo, alzó la cabeza.

— Qué te ocurre, Flora! Estás hablando en vez de enturbiar, y se irá la pesca.

—¿Y qué vienes á hacer desde Vatán? le preguntó

el médico sin cuidarse de lo que el hombre decía.

— Enturbio para mi tío Brazier, que allí está.

Enturbiar es remover el agua de un arroyo con una gruesa rama de árbol cuyas ramillas están cortadas en forma de raqueta. Los cangrejos, asustados por esa operación que no entienden, suben precipitadamente la corriente y se meten en los aparatos colocados por el pescador en sitio conveniente.

— Pero ¿tiene tu tío permiso para pescar cangrejos?

— ¿Qué, no estamos bajo la República una é indivisible? gritó desde su sitio el tío Brazier.

— Estamos bajo el Directorio, dijo el médico, y no conozco ley que permita á un individuo de Vatán venir á pescar en territorio de Issoudun, contestó el médico. ¿Tienes madre, pequeña?

— No, señor, y mi padre está en el hospital de Bourges; se ha vuelto loco por haberle dado el sol en la cabeza, en el campo....

— ¿Qué ganas?

— Cinco suses diarios mientras dura la pesca de cangrejos; llegamos, enturbiando, hasta la Braisne. Y en tiempo de cosecha, espigo. En invierno, hilo.

— ¿Vas á cumplir doce años...?

— Sí, señor.

— ¿Quieres venirme conmigo? Tendrás buena comida, buena ropa y buen calzado.

— No, no, mi sobrina tiene que quedarse conmigo; le debo protección ante Dios y ante los hombres, dijo el tío Brazier, que se había acercado. Soy su tutor.

El médico reprimió una sonrisa y conservó su acostumbrada gravedad. Dicho tutor llevaba en la cabeza un sombrero comido por el sol y por la lluvia, y recortado como una hoja de col invadida de gusanos. Bajo el sombrero se dibujaba una cara negra y chupada, en la que la boca, la nariz y los

ojos formaban varios puntos negros. Llevaba una malísima chaqueta y un pantalón peor aún.

— Soy el doctor Rouget, dijo el médico, y puesto que eres el tutor de la pequeña, llévala á mi casa, plaza san Juan; no habrá amanecido mal día para ti, ni para ella....

Y sin esperar contestación, seguro de ver llegar á su casa al tío Brazier con la linda enturbiadora, el médico se dirigió hacia la ciudad. En efecto, al ir á sentarse á la mesa, su cocinera le anunció el ciudadano y la ciudadana Brazier.

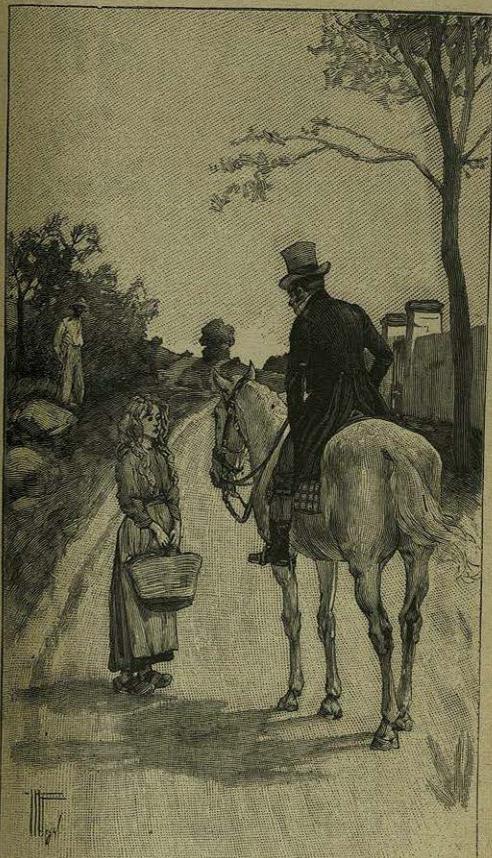
Siéntense, dijo el doctor al tío y á la sobrina.

Flora y su tutor, con los pies desnudos, miraban atontados la sala del médico. He aquí por qué.

La casa que Rouget había heredado de los Descoings ocupa la parte media de la plaza San Juan, especie de cuadro largo y muy estrecho, con algunos tilos raquíuticos. Las casas, en aquel sitio, están mejor construídas que en el resto de la ciudad, y la de los Descoings es una de las más hermosas. Dicha casa, situada frente á la del señor Hochón, tiene tres ventanas de fachada en el primer piso, y en la planta baja una puerta cochera que da entrada á un patio en cuyo final se extiende un jardín. Bajo la bóveda de la puerta cochera se halla la puerta de una vasta sala alumbrada por dos ventanas sobre la calle. La cocina está detrás de la sala, pero, separada por una escalera que conduce al primer piso y á las bohardillas situadas por encima. En la parte trasera de la cocina hay un sitio para poner la leña, un tinglado para lavar la ropa, una cuadra para dos caballos y una cochera, por encima de la cual están dos graneritos para la cebada y en la que dormía el criado del médico. La sala, tan admirada por la campesina y por su tío, estaba adornada con maderas talladas, estilo Luis XV, y pintada de gris, tenía una hermosa chimenea de mármol, por encima de la cual Flora se miraba en

un espejo de grandes dimensiones, y cuyo marco estaba dorado.

Sobre aquella madera tallada se veían, de trecho en trecho, algunos cuadros, despojos de conventos de Deols, de Issoudun, de San Gildas, de la Pég, de Chezal-Benoit, de San Sulpicio, de Bourges, que la liberalidad de nuestros reyes y de los fieles había enriquecido con obras del Renacimiento. Entre los cuadros conservados por los Descoings y transmitidos á los Rouget había una *Sagrada Familia* de Albano, un *San Jerónimo* del Dominiquino, una cabeza de Cristo de Juan Bellin, una *Virgen* de Leonardo de Vinci, *Jesús con la cruz á cuestas* del Ticiano, procedente del marqués de Belabre, aquel que sostuvo un sitio y fué decapitado en tiempo de Luis XIII; un *Lázaro* de Veronese, un *Mátrimonio de la Virgen* del cura Génois, dos cuadros de iglesia de Rubens y una copia de un cuadro del Perugino hecha por el mismo Perugino ó por Rafael; por fin dos Corregios y un Andrés del Sarto. Los Descoings habían tomado aquello entre trescientos cuadros de iglesia, sin conocer su valor, escogiéndolos únicamente por su estado de conservación. Algunos tenían, no solo marcos magníficos, sino que estaban protegidos por cristales. La belleza de dichos cuadros y el valor que los cristales parecían anunciar fueron motivo de que los Descoings los escogieran. No carecían, pues, los muebles de aquella sala, del lujo que hoy tanto gusta, pero que entonces en poco se apreciaba en Issoudun. El reloj colocado sobre la chimenea entre dos soberbios candelabros de plata, era una hermosa pieza. Los sillones, de roble tallado, estaban guarnecidos de tapicería debida á la piedad de damas de alto rango; tenían coronas. Entre dos ventanas se veía una rica consola, sobre cuyo mármol se alzaba un jarrón de la China, en el que metía el médico su tabaco. Nadie, en la casa, se



cuidaba de aquellas riquezas. Escupían en un hogar precioso, lleno de molduras doradas manchadas de cardenillo. Una bonita araña que colgaba del techo estaba abandonada á las moscas.

Á la izquierda de la puerta, un cofre de gran mérito servía de aparador.

— Dos vasos, Francisca, dijo el doctor á su cocinera; y denos de lo rancio.

Francisca, monumental, que tenía fama, antes de que apareciera la Cognette, de ser la mejor cocinera de Issondun, acudió con una precipitación que denotaba el despotismo del médico, y, también, cierta curiosidad.

— ¿Qué vale una fanega de viña en tu pueblo? preguntó el médico llenando el vaso de Brazier.

— Trescientos francos.

— Bueno, pues déjame tu sobrina como criada, te daré trescientos francos anuales, y como tutor suyo que eres, tú cobrarás ese dinero..,

— ¿Todo? preguntó Brazier abriendo ojos como platos.

— Á tu conciencia lo dejo, contestó el doctor. Es huérfana, y hasta los dieciocho años no puede Flora pedir cuentas.

— Va á tener doce años, de modo que serían seis fanegas de viña, dijo el tío. Pero es muy obediente, buena, bien formada, viva... ¡ Era, la pobre, la alegría de mi pobre hermano!

Y pago un año adelantado, añadió el médico.

— Ponga usted dos años y se la dejo, pues estará mejor en su casa de usted que en la nuestra; mi mujer la maltrata; sólo yo la protejo pues es muy buena y tan inocente como un niño recién nacido.

Al oír estas últimas palabras, el médico le hizo una seña á Brazier, saliendo con él y dejando á la enturbadora ante la mesa servida, entre Francisca y Juan Jacobo, que le hacían preguntas y á quienes

contaba ella cándidamente su encuentro con el doctor.

— ¡Vaya, monina, adiós! dijo el tío Brazier besando á Flora en la frente; bien puedes decir que he hecho tu felicidad colocándote en casa de este digno padre de los pobres; has de obedecerle como á mi. Sé buena, complaciente, y haz cuanto te diga.

— Francisca, preparará usted el cuarto de arriba que da sobre el río, dijo el médico. La pequeña Flora, que tiene un nombre digno de ella, dormirá allí esta noche. Mañana llamaremos, para ella, al zapatero y á la costurera. Póngale aquí un cubierto, nos hará compañía.

Por la noche, en toda la ciudad, no se habló más que de la entrada de una enturbiadora en casa del doctor Rouget. Dicho apodo quedó, en aquel país zumbón, á Flora Brazier, antes, mientras y después de su encubramiento.

Sin duda tenía el médico miras especiales respecto de la pequeña; pero ya era tarde, pues estaba en la flor de la vejez.

Desde los doce á los catorce, conoció la linda enturbiadora una dicha completa. Mejor vestida que la más rica heredera de Issoudun, tenía reloj de oro y joyas que le daba el médico para animarla á que estudiara, pues tuvo un maestro que le enseñaba á leer, á escribir y á contar. Pero la vida casi animal de los campesinos había puesto en Flora tales repugnancias por la copa amarga de la ciencia, que no pudo conseguir el doctor que aprendiera nada la pequeña. Sus intenciones para con aquella chica á la que formaba con tal esmero, fueron interpretadas de distintos modos por la charlatana burguesía de la ciudad, cuyos dimes y diretes acreditaban, como cuando el nacimiento de Max y de Ágata, fatales errores. No le es fácil al público de las pequeñas ciudades desentrañar la

verdad en las mil conjeturas, en medio de los comentarios contradictorios y á través de todas las suposiciones á que da lugar un hecho. La gente de provincia quiere explicarlo todo y acaba por saberlo todo. Pero cada cual se encariña con la faz que más le gusta en el acontecimiento; en ella ve la verdad, la demuestra, y cree que sólo él está en lo cierto. La verdad, á pesar de la vida al trasluz y el continuo acecho de las pequeñas ciudades, es pues frecuentemente obscurecida, y quiere, para ser reconocida, ó el tiempo al cabo del cual se hace indiferente la verdad, ó la imparcialidad que el historiador y el hombre superior adquieren colocándose en un punto de vista elevado.

— ¡Qué quieren ustedes que haga ese mico, á sus años, con una chicueta de quince abriles? decía la gente dos años después de la llegada de la Enturbiadora.

— Dice usted bien; tiempo ha que el pobre hombre dejó de ser joven.

— Lo que hay es que al médico le irrita la estupidez de su hijo, y que persiste en su odio contra su hija Ágata; y en ese caso, quizá no haya hecho economías de fuerza durante estos últimos dos años sino para casarse con esa pequeña, para ver si puede tener con ella un buen mozo ágil y fornido y vivo, como Max.

— ¡Vaya una broma! ¡Qué, acaso es posible, después de una vida como la que han hecho Lousteau y Rouget desde 1770 hasta 1787, tener hijos á los setenta y dos años? Mire usted, ese bandido ha leído el Antiguo Testamento, aunque sólo sea como médico, y en él ha visto cómo recalentaba David su vejez... Y no hay más.

— En Vatán dicen que Brazier, cuando está borracho, se vanagloria de haberle robado, decía uno de esos que más se inclinan hacia el lado malo de las cosas.

— ¡Y en Issoudun, qué no dicen!

Desde 1800 à 1805, durante cinco años, tuvo el doctor los placeres de la educación de Flora, sin disgusto alguno. Tan contenta estaba la pequeña enturbiadora, al comparar su situación en casa del médico con la vida que hubiese llevado, de seguir con su tío Brazier, que se sometió à las exigencias de su amo, como una esclava de oriente. À pesar de lo que dicen ciertos filántropos y los fabricantes de idilios, la gente del campo tiene escasas nociones sobre ciertas virtudes; y en ella, los escrúpulos proceden del interés y no del bien ó de lo bello. Criados para ser pobres y para trabajar de continuo, esta perspectiva les hace considerar como permitido cuanto tiende à sacarlos del infierno del hambre y del trabajo sin descanso, especialmente cuando à ello no se opone la ley. Si hay excepciones, son muy contadas. La virtud, socialmente hablando, es la compañera del bienestar y comienza en la instrucción. Por este motivo era la Enturbiadora objeto de envidia para todas las chiquelas de aquellos contornos, aunque su conducta era, à los ojos de la religión, muy censurable. Flora, nacida en 1787, se crió en medio de las saturnales de 1793 y de 1798, cuyos reflejos alumbraron aquellos campos privados de sacerdotes, de culto, de altares, de ceremonias religiosas, en que el matrimonio era un ayuntamiento legal, y en los que las máximas revolucionarias dejaron profundas huellas, en Issoudun sobre todo, país en que es tradicional la rebelión.

En 1802, apenas si estaba restablecido el culto católico. Costóle trabajo al emperador encontrar sacerdotes. En 1806, muchas parroquias de Francia carecían aún de curas, tan lenta fué la reunión de un clero diezmado por el cadalso, después de tan violenta dispersión. En 1802, nada podía, pues, censurar à Flora, à no ser su conciencia, ¿y no

había de quedar la conciencia por bajo del interés en la pupila del tío Brazier? Si, como todo lo hizo suponer, se vió el cínico doctor obligado, por su edad, à respetar à aquella niña de quince años, no por eso dejó de pasar la Enturbiadora por ser una muchacha que sabía muchas cosas. Sin embargo, pareció como un certificado de inocencia la actitud del doctor para con ella, el cual estuvo más que frío con la joven durante los dos últimos años de su vida.

À bastante gente había matado el viejo Rouget para saber prever su fin. Al verle su notario del todo indiferente en su lecho de muerte, le incitó à que hiciera algo por aquella joven.

— Bueno, pues emancipémosla, contestó.

— Esta palabra pinta bien à aquel anciano, que nunca dejaba de sacar sus sarcasmos de la profesión misma de aquel à quien contestaba. Al envolver en ingenio sus malas acciones, se las hacía perdonar en un país en que siempre triunfa el ingenio, sobre todo cuando tiene por base el interés personal. El notario vió en aquella contestación el grito del odio concentrado de un hombre en quien la naturaleza había frustrado los cálculos del vicio, una venganza contra el inocente objeto de un amor impotente. Dicha opinión fué en cierta manera confirmada por la obstinación de doctor, que nada dejó à la Enturbiadora, y que dijo con amarga sonrisa: « ¡Bastante rica es con su belleza! » cuando de nuevo insistió el notario.

Juan Jacobo Rouget no lloró à su padre, llorado por Flora. El viejo médico había hecho à su hijo muy desgraciado, sobre todo desde su mayor edad (y fué mayor Juan Jacobo en 1791), en tanto que había dado à la campesinilla la dicha material, la cual, para la gente del campo, es la felicidad. Cuando, después del entierro del difunto le dijo Francisca à Flora: « ¿Qué va à ser de usted,

ahora que ya no está ahí el señor? », se iluminaron las miradas de Juan Jacobo, y por primera vez su cara inmóvil se animó y expresó un sentimiento.

— Déjenos solos, le dijo á la cocinera, que estaba quitando el mantel.

Á los diecisiete años, Flora conservaba aún aquella fineza de talle y de facciones, aquella distinción de belleza que sedujeron al médico y que las mujeres de mundo saben conservar, pero que en las campesinas se ajan tan rápidamente como las flores silvestres. No obstante, la tendencia á la gordura que acomete á las hermosas campesinas cuando no pasan la vida en el campo, al sol, y en medio de privaciones, se hacia ya notar en ella. Su pecho estaba desarrollado; sus hombros, llenos y blancos, dibujaban amplias curvas que armoniosamente se unían al cuello, el cual ya tenía señales de pliegues; pero el contorno de su rostro se mantenía puro, y la barbilla era fina aún.

— Flora, dijo Juan Jacobo con voz emocionada, ¿ está usted muy acostumbrada á esta casa ?

— Sí, señorito Juan...

En el momento de hacer su declaración, el heredero se sintió la lengua helada por el recuerdo del muerto tan recientemente enterrado, y se preguntó hasta dónde había llegado la protección de su padre, Flora, que miró á su nuevo amo sin poder sospechar su sencillez, esperó á que de nuevo hablara Juan Jacobo; pero lo dejó, no sabiendo qué pensar del silencio obstinado en el cual se encerró. Cualquiera que fuera la educación que la Enturbiadora había recibido del doctor, más de un día había de transcurrir antes de que conociera el carácter de Juan Jacobo, cuya historia, en pocas palabras, es la siguiente :

Á la muerte de su padre, Juan Jacobo, que entonces tenía treinta y siete años, era tan tímido

y estaba tan sometido á la disciplina paterna como puede serlo y estarlo un niño de doce años. Esa timidez ha de explicar su infancia, su juventud y su vida á quienes no quisieran admitir ese carácter ó los hechos de esta historia, que sin embargo tiene tantos ejemplares, hasta en los príncipes. Hay dos timideces : la timidez de espíritu y la timidez de nervios; una timidez física y una timidez moral. Una es independiente de otra. Puede el cuerpo tener miedo y temblar, en tanto que el espíritu permanece sereno y valiente, y viceversa. Esto explica muchas rarezas morales. Cuando se juntan las dos timideces en un hombre, será nulo durante toda su vida. Esa timidez completa es la de aquellos de quienes decimos : « Es un imbécil. » Á veces se ocultan en el tal imbécil grandes cualidades comprimidas. Acaso debamos á ese doble defecto algunos monjes que han vivido en perpetuo éxtasis. Esa desdichada disposición física y moral es producida, lo mismo por la perfección de los órganos y por la del alma, que por defectos que aún no han sido observados. La timidez de Juan Jacobo procedía de cierto entumecimiento de sus facultades, que un buen maestro ó un buen médico hubieran despertado. En él, como en los cretinos, el sentido del amor había heredado la fuerza y la agilidad que le faltaban á la inteligencia, aunque todavía le quedaba el suficiente sentido para guiarse en la vida. La violencia de su pasión, privada del ideal que la caracteriza en los jovencuelos, aumentaba aún su timidez. Nunca pudo decidirse á cortejar á una mujer en Issoudun; y es claro, ni las jóvenes, ni las burguesas podían ser las primeras en declararse á un joven de mediana estatura, de actitud tan llena de cortedad como falta de elegancia, de facciones vulgares, con ojos de un verde pálido y saltones que le hubiesen afeado, si ya no lo resul-

tar por el aplastamiento de su cara blanquecina, cara de viejo. La compañía de una mujer anublaba, en efecto, á aquel pobre muchacho, que se sentía empujado por la pasión con una violencia igual al retraimiento procedente de sus ideas y de su educación. Inmóvil entre dos fuerzas iguales, no sabía entonces qué decir, y temblaba ante la idea de que le preguntasen, de tal manera temía tener que contestar. El deseo, que tanto desata-las lenguas, helaba la suya.

Juan Jacobo quedó pues solitario y buscó la soledad, por hallarse á gusto en ella. Notó el doctor, pero cuando ya no había remedio, los estragos producidos por aquel temperamento y por aquel carácter. De buena gana hubiera casado á su hijo; pero como se trataba de entregarlo á una dominación que se hubiese convertido en absoluta, titubeó; ¿no era abandonar el manejo de su fortuna á una extraña, á una mujer desconocida? Y de sobra sabía él cuán difícil es tener previsiones exactas acerca de lo que será la mujer, dado lo que es la joven. Por eso, al mismo tiempo que buscaba una persona cuya educación ó cuyos sentimientos le ofreciesen garantías, trató de inculcarle á su hijo la avaricia. Á falta de inteligencia, esperaba, de esa manera, darle á aquel necio una especie de instinto. Lo acostumbró primero á una vida mecánica, y le legó ideas fijas para la colocación de sus rentas; después le ahorró las principales dificultades de la administración de una fortuna territorial, dejándole tierras en buen estado y alquiladas por mucho tiempo. Sin embargo, no previó la perspicacia del anciano el hecho que había de dominar la vida de aquel pobre ser. La timidez se parece á la disimulación, tiene toda su profundidad. Juan Jacobo amó apasionadamente á la Enturbiadora. Nada más natural, por cierto: Flora era la única mujer que vivía junto á aquel

joven, la única á la que pudiese ver cuanto quisiese, contemplándola en secreto, estudiándola á cada momento; Flora iluminó para él la casa materna, le dió, sin darse cuenta, los únicos placeres que doraron su juventud. Lejos de tener celos de su padre, le encantó la educación que había dado á Flora: ¿no necesitaba él una mujer fácil, á la que no fuera menester cortejar? La pasión, que lleva consigo su espíritu, puede dar á los tontos, á os imbeciles una especie de inteligencia, sobre todo en la juventud. Hasta en el hombre más abrutado, siempre se halla el instinto animal cuya persistencia semeja un pensamiento.

Al día siguiente, Flora, á la que había hecho reflexionar el silencio de su amo, esperó alguna comunicación importante; pero aunque andaba alrededor de ella, mirándola cazurramente con expresiones de concupiscencia, no supo Juan Jacobo encontrar nada que decirle. Por fin, á los postres, el amo comenzó de nuevo la escena de la víspera.

— ¿Está usted contenta aquí? le dijo á Flora.

— Sí, señorito Juan.

— Bueno, pues quédese.

— Gracias, señorito Juan.

Esta situación extraña duró tres semanas. Una noche en que ningún ruido turbaba el silencio, Flora, que por casualidad despertó, oyó la respiración de un ser humano junto á su puerta, y quedó asustada al reconocer, en el descansillo, á Juan Jacobo acostado como un perro, y que sin duda él mismo había hecho en la parte baja de la puerta un agujero para mirar en el cuarto.

« Me quiere, pensó, pero cogerá reumas si sigue haciendo esas tonterías.

Al día siguiente, miró Flora á su amo de cierta manera. Aquel amor mudo y casi instintivo la había enternecido, y ya no le pareció tan

feo aquel pobre tonto, cuyas sienes y cuya frente cargadas de granos semejantes á úlceras tenían esa horrible corona, atributo de las sangres averiadas.

— ¿Ya no le gustaría á usted volver al campo, verdad? le dijo Juan Jacobo cuando estuvieron solos.

— ¿Por qué me pregunta usted eso? dijo ella mirándole.

— Para saberlo, contestó Rouget volviéndose del color de cangrejo cocido.

— ¿Acaso quiere usted despedirme?

— No, señorita.

— Pues entonces, ¿qué desea usted saber? Porque alguna razón tiene usted...

— Sí, quisiera saber...

— ¿Qué?

— ¡No me lo diría usted! exclamó Rouget.

— Sí, palabra de muchacha honrada.

— Ahí está la cosa, repuso Rouget asustado. Es usted una muchacha honrada....

— Me parece.

— ¿De veras, de veras?

— Puesto que se lo digo á usted....

— Vamos á ver, ¿es usted la misma que cuando estaba usted ahí, con los pies descalzos, traída por su tío?

— ¡Vaya una pregunta! contestó Flora sonrojándose.

El heredero, aterrado, bajó la cabeza y no la volvió á alzar. Flora, estupefacta de ver cómo acogía aquel individuo una contestación tan grata para cualquier hombre, se retiró!

Tres días después, en idéntico momento, pues uno y otro parecían designarse el postre como campo de batalla, Flora fué la primera en decir á su amo:

— ¿Tiene usted algo contra mí?

— No, señorita, no....

(Un silencio). Al contrario.

— Parece como que le ha contrariado á usted el otro día el saber que era yo honrada....

— No, únicamente quería saber....

(Otro silencio). Pero no me la diría usted....

— Prometo decirle á usted toda la verdad.

— ¿Toda la verdad sobre... mi padre? preguntó con voz ahogada Rouget.

— Su padre de usted, dijo la joven mirando intensamente á su amo, era un buen hombre.... Le gustaba la broma... no mucho... No le faltaba buena voluntad, pero... En fin, con motivo de no sé qué, tenía malas intenciones para con usted; pero muy malas. Algunas veces me hacía reír; pero no hay más. Bueno, y ahora ¿qué desea usted?

— Nada, Flora, dijo el heredero tomando la mano de la Enturbiadora, puesto que nada tenía usted con mi padre....

— ¿Y qué quiere usted que tuviera? ... exclamó la muchacha, ofendida por una suposición injuriosa.

— Bueno, pues escuche....

— Era mi bienhechor, y nada más. De buena gana hubiera querido que yo fuese su mujer, pero...

— Puesto que nada tenía con usted, dijo Rouget tomando de nuevo la mano que la joven había retirado, ¿quiere usted quedarse aquí conmigo?

— Si usted quiere, contestó ella bajando los ojos.

— No, no ha de ser si yo quiero, sino si usted quiere. Aquí podría usted ser... el ama. Todo cuanto aquí hay sería para usted, cuidaría usted de mis intereses, que vendrían á ser los suyos... porque la amo á usted, y siempre la he amado desde el momento en que entró usted aquí con los pies descalzos.

Flora no contestó. Cuando ya se hizo molesto el silencio, Juan Jacobo inventó este horrible argumento :

— ¿Qué, no vale más eso que volver al campo? le preguntó con visible ardor.

— Eso, como usted quiera, señorito Juan.

Sin embargo, á pesar de aquel *como usted quiera*, no había adelantado un paso Rouget. Los hombres de ese carácter necesitan seguridades palpables; tan grande es el esfuerzo que hacen al confesar su amor, y les cuesta tanto, que se dan cuenta de que no podrían recomenzar : de ahí viene que se entregan para siempre á la primera mujer que los acepta. Sólo por el resultado pueden presumirse los acontecimientos.

Diez meses después de la muerte de su padre, Juan Jacobo cambió por completo : su cara, paliducha y terrosa, degradada, como hemos dicho, por granos en las sienes y en la frente, se iluminó, se limpió, se animó con sonrosado color. En fin, su fisonomía respiró la dicha. Exigia Flora que se cuidase mucho su amo de su persona, que se vistiera bien; cuando salía él de paseo, se quedaba ella en el umbral de la puerta, mirándole hasta perderlo de vista. Toda la ciudad notó aquellos cambios, que convirtieron á Juan Jacobo en un hombre muy distinto,

— ¿Sabe usted la noticia? se decían unos á otros en Issoudun.

— ¿Qué?

— Que Juan Jacobo lo ha heredado todo de su padre, incluso la Enturbiadora....

— ¿No cree usted al doctor lo bastante astuto para haberle dejado una ama de llaves á su hijo?

— La verdad es que esa mujer es un tesoro para Rouget, decían todos.

— Es una lagarta, es muy hermosa; hará que su amo se case con ella.

— ¡Qué suerte tiene esa chica!

— Hay que ser hermosa, para tener una suerte así.

— ¿Usted cree? Mire mi tío Borniche Héreau; sin duda ha oído usted hablar de la señorita Ganivet; era fea como los siete pecados capitales, lo cual no impidió que le diera él tres mil francos de renta....

— ¡Pero eso era en 1778!

— De todas maneras, hace mal Rouget, pues con su fortuna pudo haberse casado con la señorita Hereau.

— Ya probó su padre, pero ella no ha querido; dice que Rouget es demasiado tonto.

— ¡Demasiado tonto! pues con hombres así son más felices las mujeres.

— ¿Es feliz su mujer de usted?

Tales fueron las conversaciones que corrían por Issoudun.

Si, según usos y costumbres de la provincia, comenzaron por reirse, al cabo y al fin todos convinieron en que era muy meritoria la Enturbiadora por haberse dedicado á hacer la felicidad de semejante necio. He ahí cómo, Flora Brazier, ascendió al gobierno de la casa Rouget, de padre á hijo, según la expresión del joven Goddet. Y ahora nos parece útil esbozar la historia de aquel gobierno, para ilustración de los célibes.

La vieja Francisca fué la única persona de Issoudun á quien le pareciese mal que Flora Brazier se convirtiera en reina de la casa Rouget; protestó contra la inmoralidad y se puso de parte de la moral ultrajada; verdad es que la humillaba, á su edad, tener por ama á una enturbiadora, á una chicuela que llegó allí con los pies descalzos. Francisca poseía algunos recursos; á más de sus economías, su amo le había dejado una rentita; de modo que podía retirarse tranquila. Salió de la

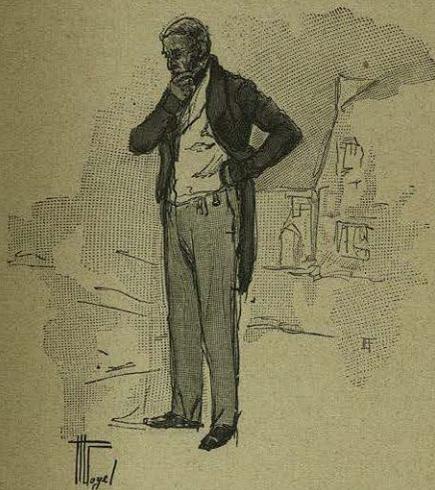
casa nueve meses después del entierro de su amo, el 15 de abril de 1806. ¿No indica esa fecha á las personas perspicaces que aquella fecha fué la en que Flora se entregó á Juan Jacobo?

La Enturbiadora, asaz astuta para prever la salida de Francisca, pues nada hay como el poder para enseñar política, había resuelto pasar sin criada.



Desde hacia seis meses estudiaba, sin parecerlo, los procedimientos culinarios de la cocinera. Tan aficionados á la buena mesa son los médicos como los obispos; el viejo Rouget había perfeccionado á Francisca. En provincia, la carencia de ocupaciones intelectuales hace que se piense mucho en la mesa; se come allí con menos lujo que en París, pero se come mejor; los platos resultan más meditados, más estudiados. En el fondo de las

provincias hay cocineras de mérito, que saben hacer exquisito un simple plato de judías. Cuando estudió en París el doctor, siguió un curso de química, y le habían quedado ciertas nociones que supo aprovechar en favor de la química culinaria; en Issoudun es célebre por ciertas mejoras, ignoradas fuera de aquella región. Descubrió que la



tortilla es mucho más delicada cuando no se baten juntos yema y clara con la brutalidad que las cocineras emplean en esa operación. Según él había que hacer espumar la clara, y echar poco á poco la yema.

Flora, que nació freidora y asadora, dos cualidades que ni por el trabajo ni por la observación pueden adquirirse, no tardó en dejar muy lejos á Francisca. Al cenirse el mandil, sólo pensó en serle agradable á Juan Jacobo; pero también á ella le gustaba lo bueno. Como no podía, por carecer de instrucción, dedicarse á ocupaciones intelectuales